Zonas de alteridad

La catedral de las piedras

Mauricio Molina

© R. Minnaert

Roger Caillois, 1975

Cuarzos, dendritas, estalactitas, fósiles, meteoritos, jades, metales, geodas, ramajes de cobre. Las piedras abren los ojos y respiran. Debemos a Roger Caillois (1913-1978) el haber escrito con erudición y prosapia sobre temas tan diversos como la teoría de los juegos, lo sagrado, la guerra, el mito, lo fantástico y abarcar la teoría literaria, la antropología, la sociología y algunas disciplinas de las ciencias naturales, como la biología o la geología. En sus años en la Escuela de Sociología, su pensamiento se asocia al de Georges Bataille, Gaston Bachelard, Michel Leiris y Georges Dumézil, con quienes se mantiene en constante debate y discusión. Un afortunado vuelco en su vida lo trajo a Latinoamérica, donde tradujo a Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Pablo Neruda, Alejo Carpentier y Gabriela Mistral.

Si algo cifra la obra de Caillois es la curiosidad y la imaginación. Ya desde su libro inicial, *El mito y el hombre*, revela a un autor que busca ampliar nuestra percepción del mundo. A medio camino entre la ensoñación surrealista, la meditación filosófica o antropológica, este libro revela a un autor con preocupaciones muy originales. Su reflexión acerca de la mantis religiosa, el mimetismo y el sadismo en los insectos entreverándolos con comportamientos y formas sociales humanas, convierten a este libro, hermano de *Las lágrimas de Eros*, de Bataille, en un verdadero clásico del ensayo que funde con precisión quirúrgica el rigor metodológico con la poesía.

Libros como *El hombre y lo sagrado* y *Los juegos y los hombres* revelan a un pensador que reflexiona sobre temas que ligan la sociología, la política, el comportamiento social, con el juego, la sacralidad. Caillois se adelanta en estos libros a reflexiones posteriores. Pienso en la sacralidad a lo Giorgio Agamben o en las teorías de los juegos en la política y la economía.

Pero la exploración entre lo animal y la imaginación humana estuvieron entre sus temas más constantes. El mimetismo le produjo una suerte de fascinación a lo largo de su vida, y su ensayo *Mitología del pulpo. Ensayo sobre la lógica de lo imaginario* es una muestra cabal de ello. En ese pequeño libro, una verdadera joya, Caillois aborda desde el Kraken hasta Julio Verne, pasando por Victor Hugo y Lautréamont.

Actúa en el pensamiento de Caillois el demonio de la analogía, la teoría de las correspondencias a lo Baudelaire. El pensador francés encuentra las relaciones ocultas entre las cosas y los hechos, entre las imágenes y el pensamiento, entre el comportamiento y el mito. Su método, además del antropológico y sociológico, es el del poeta que va en busca de relaciones ocultas, vasos comunicantes a la manera del surrealismo de André Breton, con quien sostuvo una polémica relación.

Si bien las obras que hemos mencionado son notables y de una actualidad irrefutable, quisiera detenerme aquí en su libro acaso más personal y de mayores alcances poéticos. Me refiero a *Piedras*, cuya nueva

versión en español acaba de publicarse en la editorial Siruela. Se trata de una obra inclasificable, a medio camino entre la divagación poética y la meditación geológica. Dendritas, geodas, cuarzos, ágatas, metales, meteoritos se dan cita en esta prolongada e hipnótica indagación o divagación. Tomando el principio de las correspondencias de Baudelaire, Caillois encuentra en las piedras metáforas animales, arquitectónicas, cósmicas. Le fascina su quietud, su inmovilidad, su carácter casi eterno: o por lo menos de una temporalidad que va mucho más allá de la existencia humana. Va en busca de leyendas y mitos en torno a las piedras, desde amerindios hasta chinos, griegos o medievales. En algunos momentos su escritura es erudita y apasionada, en otros es fluida como el agua. Y esto es lo contundente del libro: Caillois utiliza una prosa líquida, envolvente, para hablarnos de las piedras. Se trata de una de las obras más originales de la literatura francesa de la segunda mitad del siglo XX.

No es extraño que un autor que dedicó su vida a lo imaginario —y que escribió un ensayo definitivo sobre la literatura fantástica— se haya consagrado a un tema tan original, de una profundidad metafísica como lo son los minerales, las rocas y su inmutable poderío sobre las otras formas de la naturaleza: ellas viajan por el espacio, guardan las huellas de la vida, se suavizan con el agua, son pacientes con el fuego. Su humildad sólo es aparente. Lo suyo es la permanencia.

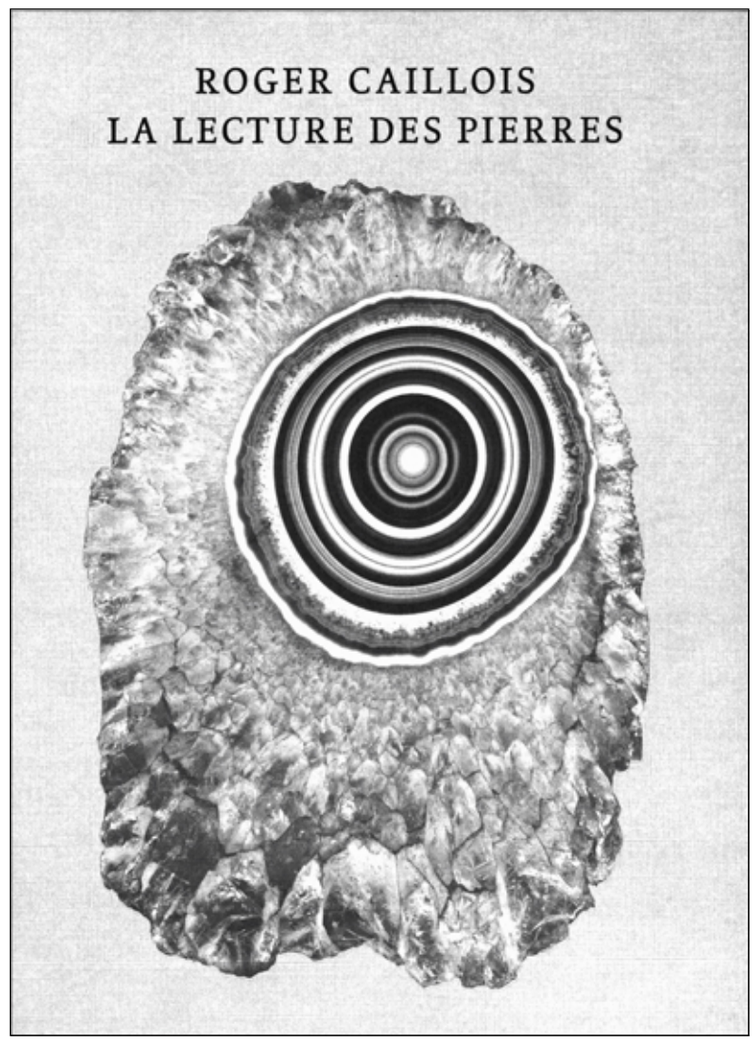
Piedras no se parece a nada y al mismo tiempo el fluir de la prosa recuerda a un Gracq e incluso a Valéry (pienso en el ensayo "La idea fija") y a Proust, aunque se percibe una clara influencia de Borges, su amigo en los tiempos en que el escritor francés vivió en Argentina. La impronta del pensamiento de Bergson también se hace evidente en este libro: la duración de las piedras, el tiempo de las piedras es reposado e inmóvil, y eso parece fascinar de manera especial a Caillois.

Pero sobre todo creo que se trata de un libro surrealista, de un barroquismo a menudo suntuoso. El demonio de la analogía recorre cada página. Y no puede ser de otro modo: cómo hablar de la quietud, de la inmovilidad, sino por medio de comparaciones. El oleaje de las ágatas, la exasperación de los cuarzos, la lenta paciencia de las estalactitas.

Piedras se compone de dos libros: *Piedras* y *La escritura de las piedras.* En el primero evoca la mitología, la física, la metafísica y la moral de las piedras. En cada uno de los apartados hay una serie de evocaciones, pensamientos, pero sobre todo descripciones, como las cabelleras de un fragmento de cobre encontrado en Nueva Zelanda o el agua milenaria atrapada dentro de una geoda. La mitología resulta extrañamente curiosa: desde el sabio chino que encuentra un palacio en un pequeño cristal de roca hasta las piedras del Nilo que impiden que los perros ladren.

Cabe aclarar que Caillois fue un coleccionista de piedras. Su colección es tan grande que hoy se encuentra en el Museo Nacional de Historia Natural del Jardin des Plantes de París.

Ya Wittgenstein nos advirtió de la imposibilidad de describir un aroma, un color, un sabor, sin recurrir a la metáfora. Vivimos en el reino encantado de las asociaciones y disociaciones. Lo mismo sucede con las cosas elementales: el mar, el deseo, la muerte. Es el recurso que utiliza Caillois sobre todo en el apartado *La escritura de las piedras.* Ve pájaros en las ágatas, cabelleras en las dendritas, palacios en las geodas: una intrincada red de alucinaciones petrificadas recorre todo el libro. Es como si las piedras abrieran los ojos y nos miraran desde su quietud inexorable.

Más allá de la erudición geológica y mitográfica de Caillois, hay en este libro extrañamente aéreo una poética de lo informe y al mismo tiempo una suerte de mística de lo pétreo. Por ello, Caillois ha creado una suerte de Catedral: un lugar, la escritura, donde las piedras en todas sus manifestaciones refulgen en todo su esplendor. **u**

Roger Caillois, *Piedras*, traducción de Daniel Gutiérrez Martínez, Siruela, Madrid, 2016, 202 pp.